

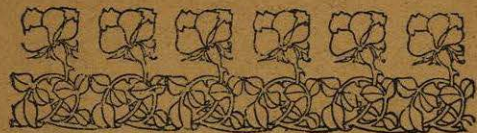
un pillo, lo sé perfectamente. Su intención era arruinar á Hervey, y hacer que le expulsaran del ejército, puesto que no habían conseguido matarle; y contaban conmigo como instrumento. Mas... yo no puedo quedarme con vuestro dinero, Hervey. Volved á tomarlo.

Y fué abandonando sus ganancias sobre la mesa.

Dudó Hervey un instante, pero su natural bondad alcanzó la victoria:

—Muy bien, Ely—dijo metiendo en sus bolsillos monedas y billetes.— En vuestra vida me oiréis mentar la cuestión de esta noche.

Y, esto diciendo, tendió la mano á su afortunado contrincante... Los tres hombres salieron del círculo y recorrieron en silencio las calles desiertas de la ciudad dormida... dormida en la más absoluta inconsciencia del alzamiento armado que se estaba tramando.



CAPITULO XI

LO QUE OCURRIÓ LA NOCHE DEL 19 DE JUNIO

LA noche del 18 de junio de 1837, mientras el reloj de la iglesia de Kensington daban las once, hubiera podido observarse una animación insólita en el palacio, de ordinario á tales horas enteramente calma.

La luna, baja aún en el cielo estival, dejaba la maciza fachada del palacio sumida en ciega sombra. A lo largo de los ángulos y rincones del palacio, exceptuando un ángulo del ala derecha, reinaban la obscuridad y el silencio. Pero en el piso principal, tras los cortinajes corridos

de una serie de ventanas, ardian las lámparas aún. La blanda luz, filtrándose á través de las cortinas, hacia resaltar distintamente en la masa obscura de las paredes unos cuadros luminosos, y cada ventana resultaba para el espectador, la pantalla iluminada, por decirlo así, donde se proyectaban á guisa de sombras chinecas las escenas del interior. Era en aquella parte de palacio donde reinaba la animación á que nos hemos referido.

Antes de determinar en qué consistía, apuntemos que no le faltaba un espectador á aquella escena de sombras. Al pie, en los jardines particulares del palacio, un joven, oculto tras las ramas oscuras de un pequeño cedro, fijaba la mirada en la serie de ventanas iluminadas y parecía hondamente interesado por cuanto veía.

El joven, que llevaba un sombrero de anchas alas, oculta la faz entre los pliegues de una larga capa militar, había bajado de un coche hacía unos momentos, en Kensington High Street; y el coche se había vuelto á Londres. Al abando-

nar el vehiculo, el embozado tomó el camino que conducía al palacio, y, llegado á una pequeña verja que limitaba los jardines reservados, mediante una llave que ya traía, penetró en ellos, volviendo á cerrar la puerta en pos de él; después de lo cual fué á situarse á la sombra del cedro en actitud de vigilante expectación.

Nuestro observador no sospechaba que era observado á su vez por otro sujeto, quien asimismo se había introducido en los jardines reservados del palacio. Apenas el coche que trajo al primer observador á Kensington se volvió á Londres, habíase cruzado con un coche particular de aquellos á quienes llamaba *brongham* el antiguo lord canceller.

Deteniéndose casi en el mismo paraje que el coche anterior, el *brongham* despidió á su propietario, y luego fué á descansar á cierta distancia en la aldea de Kensington.

El nuevo personaje parecía mejor arropado que el observador á quien observaba. Su paso indicaba además que era de edad más avanzada. Acercóse á la misma verja; también él

poseía una llave. Penetró en el jardín sin entretenerse en cerrar nuevamente la verja; y esforzándose en avanzar sin el más leve rumor, fué en busca del primero.

El único obstáculo que debía vencer el segundo observador era la obscuridad, porque el joven no había tomado la precaución de ocultarse de alguien que pudiese seguirle. En el instante en que el segundo iba á juntársele, un repentino movimiento de su colega le movió á cambiar de parecer, y á detenerse entre un macizo de plantas.

Ocasionaba el movimiento del joven lo que acababa de ver en una de las ventanas iluminadas. Pero ya es hora de que indiquemos claramente la naturaleza del espectáculo misterioso.

Diremos, para empezar, que la pantomima, si así puede llamarse, parecía constar de dos papeles. Uno de los dos intérpretes no se había acercado lo bastante á la ventana para proyectar sobre la cortina una silueta de satisfactoria precisión; se le veía casi exclusivamente como á una forma vaga y colosal que, á in-

tervalos, pasaba con lentitud ante las dos ventanas situadas al extremo de la serie, en el ángulo de la fachada y en el paraje más apartado de la parte central del palacio. Al fin, la sombra se detuvo, debilitándose al mismo tiempo: ello hacía suponer que la persona que la proyectaba se había sentado.

El segundo personaje de la escena parecía haberse quedado de pie. Los movimientos de la segunda silueta eran muy adecuados para excitar la curiosidad de nuestro observador. La sombra, gracias á su proximidad al transparente, gozaba de un contorno plenamente destacado. Era la silueta de una muchacha ó una dama animada por una intensa emoción. Deduciase de sus gestos que se dirigía á la persona sentada, y sus gestos parecían suplicantes.

De vez en cuando, la silueta que suplicaba, arrimábase ó apartábase de la otra, pero sus movimientos conservaban siempre un enérgico significado. Por fin la segunda silueta se evaporó también, sin que apareciesen más que su cabeza y busto sobre el antepecho de la ventana.

No cabía la menor equivocación sobre lo ocurrido. La muchacha acababa de arrodillarse ante la otra protagonista de la comedia.

Tan singular situación no rebasó treinta ó cuarenta segundos; entonces ocurrió el súbito movimiento que determinó un cambio de situación en los jardines. La silueta arrodillada habíase enderezado bruscamente, afectando de golpe y porrazo un aspecto informe y giganteo, y empezó acto seguido á pasar con rapidez ante cada una de las ventanas, desapareciendo en el otro extremo.

Tan rápida marcha, y la final desaparición arrancaron al primero de los espectadores del jardín una sorda exclamación de ansiedad extinguida. Al propio tiempo, quitándose el abrigo, se dirigió al palacio.

El segundo espectador, evidentemente desconcertado, se echó á perseguirle, escurriéndose con harta prudencia de uno á otro macizo.

El primero llegó en seguida á una puertecilla del palacio; en seguida se abrió la puerta lentamente; y una muchacha, en traje de gala, con un ténue chal sobre los hombros, apareció en

el umbral. Púsose un dedo en los labios, recomendando silencio, y en tanto la llama de la bujía que llevaba osciló en la brisa nocturna.

El joven seguramente esperaba hallarla, porque dió unos pasos y penetró rápidamente en el palacio, cuya puerta se cerró sin el menor ruido, mientras el otro personaje deteniase indeciso, sin saber que partido tomar.

Por fin, votando, regresó por el mismo camino á la verja que habían atravesado ambos. Luego de dar vueltas por algún tiempo, volvióse paso á paso al lugar en que había quedado el coche.

Mientras tanto, sostenían un rápido coloquio el joven y la muchacha que le había introducido en el palacio.

—¿Consiente pues en recibirme? —preguntó él ansioso.

La niña le miró con aire ofendido.

—Sí, Teddy, por fin la convenci, aunque no ha sido fácil empresa. Pero, naturalmente, yo no conservo ya ningún valor á vuestros ojos.

—¡Fanny! — exclamó consternado el prometido. —¿Cómo podéis decir

semejantes atrocidades? Harto sabéis que la única razón que me mueve á desenmarañar esta conspiración, es el habérmelo pedido vos.

—¡Oh, creí que pensábais más en la princesa que en mí!—dijo la hermosa niña, aun no satisfecha del todo.

Hervey aprovechó esta ocasión para su medro.

—¡Dulce amada mía!—exclamó.— ¡Perdonadme! Fui estúpido hasta la exageración, lo reconozco, pero no imaginé que necesitáseis oír otra vez de mis labios que sois la única criatura á quien amo en este mundo. Venga el menor asomo de reproche, y parto derechamente á recibir órdenes del duque de Cumberland.

Esta sumisión produjo el efecto deseado. Fanny condescendió á la sonrisa, diciéndole:

—¡Traidor! Si imaginase tal propósito en vos, os hacía prender. Subamos sin perder tiempo. Su Alteza Real aguarda. Todo el mundo duerme en el palacio. Debemos avanzar poquito á poco.

Esto diciendo, se encorvó, subió por una escalera desierta, y le acom-

pañó á lo largo del pasadizo que llevaba á la habitación.

Hervey se desembarazó en la primera estancia del sombrero y la capa, y siguió á Fanny hasta una puerta cerrada. Allí se detuvo ella para llamar.

—¿Es lady Fanny?—preguntó una voz clara y armoniosa.

Fanny, luego de responder, obtuvo permiso para entrar. Abrió la puerta é introdujo al joven oficial.

La estancia en que penetró Hervey, no era muy vasta. Era una salita de trabajo, de soltera, sencillamente amueblada. Nada denotaba el rango elevado ó la riqueza, pero en todo resplandecía una exquisita elegancia. El mobiliario era de un estilo algo pesado que hoy juzgamos feo, pero que sesenta años atrás parecía de una sencillez de buen tono. Muchas fruslerías que decoraban la chimenea eran de un modelo barroco y llamativo que sólo se toleraría hoy á guisa de curiosidad; adosada á la pared veíase una arquilla. Un velador de un pie, cubierto por un denso tapiz encarnado que casi rasaba el suelo, figuraba en mitad

de la estancia. Figuraba en la mesa una jardinera llena de flores artificiales, rodeada de algunos volúmenes con las tapas doradas: *El libro de la Belleza*, *El Aniversario*, y otras publicaciones en moda, que desempeñaban el papel de nuestras revistas.

Pero la atención del joven oficial no se fijaba en el mobiliario. Sentada en una butaca, frente á la puerta, permanecía una niña cuyo retrato nos permitiremos esbozar. Había cumplido recientemente los veinte años, y la lozania de su color, unida al perfecto candor de la mirada y las facciones, dábale apariencias de una mocedad más tierna. Aun viéndola sentada, se daba uno cuenta de que su estatura era menos que mediana, pero esta desventaja, si lo fuese, quedaba atenuada por la extremada gracia de su cuerpo esbelto y por un aire de dignidad natural que esparcía en todos sus gestos. La belleza de su rostro era de un tipo raro y seductor. No derivaba tanto de la gracia clásica de un perfil, cuanto del hechizo espiritual que animaba sus facciones, evocando las caras ideales con que los pintores

han representado á Santa Inés ó á Santa Catalina, ó á un más sagrado tipo de belleza femenina. Las altas cejas, diestramente arqueadas, y su tocado—alisado el cabello dulcemente sobre las sienes y recogido tras las orejas—aumentaban el efecto de aquella faz. Sus ojos eran diáfanos y expresivos, su mirada leal, pero quizás dejaba traslucir cierta gravedad y una reserva casi puritana en la concepción de la vida. La parte inferior del rostro, á pesar de sus líneas delicadas, indicaba una energía latente dominada por una benevolencia natural, y éste era el mayor atractivo de una cara tan joven y tan bella. Fuera omisión culpable no señalar la rara distinción de la mano chiquita, tendida para recibir al visitante, y la finura del pie que, calzando chapín de raso, se apoyaba en un taburete.

Tal era, á la vispera de su advenimiento, la princesa destinada á reinar con gloria y prosperidad casi ininterrumpidas durante un número de años excepcional en el más vasto imperio del mundo. Una pluma la-gotera hubiese podido embellecer á

su sabor este retrato adornándolo con las exquisiteces superlativas del encomio, pero ¿no es máspreciado tributo el lenguaje sóbrio y penetrante de una pluma sincera?

—Sed bien venido, señor Hervey—dijo la princesa con benevolencia, á la sazón en que Teddy se inclinaba profundamente sobre la mano que ella le permitía besar.—Os doy las gracias por el noble celo que os trae, aún doliéndome la precisión en que os hallásteis de pedir que os recibiera á una hora tan avanzada.

Respondió el joven moviendo la cabeza:

—No ignoro que debo disculparme ante V. A. R. de la libertad que me he tomado. Mas puedo aseguraros que vuestros enemigos son tan denodados y faltos de escrúpulo, que temí ser visto al penetrar en el palacio. Con todo, y á pesar de mis precauciones, no estoy seguro de haber despistado á la gente que sigue mis pasos de algunos días acá.

La princesa pareció alarmarse.

—Espero que esa gente de que habláis no tienen más objeto que el de espiaros. Ya una vez os hirieron

por mi causa. Me apenaría imaginar que otra vez puede verse en peligro vuestra existencia.

Teddy enrojeció de placer al oír tan halagüeñas palabras, é interiormente no cesaba de admirarse de la dignidad que la joven princesa comunicaba á cada una de sus frases.

—Lo agradezco vivamente, señora, aunque no temo ninguno de esos peligros. Pero ellos son gente resuelta, y si algún paso mío les diese á entender que está descubierto su complot, acaso recurrirían á algún procedimiento extremo. Tal vez no aguardaran la muerte del rey.

La princesa levantó la mano con gesto amedrentado.

—No aludáis en mi presencia á semejante cosa; os lo ruego, señor Hervey. Yo debo ser la última criatura del reino á quien se ocurra algo parecido. Lady Fanny me dijo cuánto sabía de esa conspiración, pero me es harto difícil darme cuenta de la realidad.

—Siento deberos confirmar estas noticias, y asegurar que la conspiración es más peligrosa de lo que pueda sospechar V. A. R.; de otro

modo, no me hubiera permitido importunaros.

—No necesitáis excusa, señor. Después de lo que llevásteis á cabo, sé implícitamente que puedo fiarme de vos.

Otra vez se arrebolaron las mejillas del oficial. Inclinandose profundamente, continuó Hervey:

—Hasta la pasada noche, mi amigo Campbell y yo no llegamos á obtener de uno de los conspiradores la confesión detallada.

La princesa levantó los ojos:

—¿Quién fué?

Teddy pareció comprometido.

—¿Me perdonaréis, señora, que os ruegue no exigirme su nombre? Estoy seguro de su arrepentimiento, y no quisiera ver su nombre asociado á alguna trama vil en el espíritu de su futura soberana.

La princesa, con suma satisfacción de Teddy, asintió con un gesto.

—Tenéis razón; es mejor que yo ignore los nombres que puedan no ser pronunciados. Continúad si os place.

—Tengo el placer de deciros que el autor más importante del complot

no es un inglés, sino un Hannoveriano, el barón Sturmer. Y, en este punto, me duele verme obligado á aludir al personaje alrededor del cual gira la conspiración.

—¿Mi tío Ernesto?—dijo apesurada la princesa Victoria.

—Sí. Carezco de pruebas absolutas contra él, mas basta el proyecto de los conspiradores para demostrar que él consiente.

La princesa inclinó la cabeza.

—¿Por qué me veré obligada á enterarme de cosas semejantes?—dijo con emoción.—¡Oh, cuan horrible es para mí oír acusar de traición á aquellos de quienes aguardaba amor y amparo!

Esta exclamación, brotada espontáneamente del pecho de la princesa huérfana, impresionó á Hervey lo que no es decible, é hizo caer unas lágrimas de los ojos de Fanny. Adelantándose ésta y abrazando las rodillas de su joven señora, exclamó:

—No dejáis que os abata la enemistad de uno solo; millones de seres están dispuestos á morir por vos. Pensad en nosotros, señora; que todo el amor de un reino os consuele

de la hostilidad de un pariente indigno.

Suspiró la princesa, y sus dedos jugaron un momento con los bucles de Fanny.

—Sí, tenéis razón al recordarme que no tengo el derecho de limitarme á considerar mis propios sentimientos. Pero á veces, Fanny, olvido que soy princesa de Inglaterra, y mi corazón se conmueve por la maldad de un pariente, como le ocurriría al vuestro.

Con gravedad, hizo levantar á la niña, y dijo al teniente:

—No hagáis caso de mi flaqueza, señor Hervey. Decidme lo que, á vuestro parecer, conviene que conozca.

Obedeciendo á este ruego, Teddy le expuso todos los detalles de la confesión de Ely, insistiendo en el curso de su relación sobre la inminencia del riesgo.

—Si quiere ahorrarse al país, quizá no una guerra civil, pero de todos modos un levantamiento peligroso en la capital que fuera un borrón en la serenidad de vuestro reinado, es preciso obrar sin perder tiempo. El

mayor Campbell opina como yo. Hemos visto á lord Melbourne, quien no se hace cargo de la gravedad de la situación, y al generalísimo lord Hill quien rehusa intervenir en un asunto político. Vengo á rogaros por lo tanto, señora, que vos propia os encarguéis del asunto.

—Casi no debe hacerse más que una cosa—dijo la princesa, que le había oído con la mayor atención.—Es necesario que de mi parte vayáis á ver á mi tío.

—¡Al duque de Cumberland!—exclamó Teddy.

—No, al rey.

La expresión de la fisonomía del joven, dió á entender que aquel era un recurso que no se le había ocurrido. Pero, al serle indicado, reconoció que era el único procedimiento eficaz.

—Es preciso que desde aquí os vayáis derechamente á Windsor—siguió diciendo la princesa, hablando con tranquila decisión.—Temo que el Rey esté demasiado enfermo, pero él hará cuanto sea necesario para protegerme.

—¿Vuestra Alteza Real me dará

una carta para el Rey?—preguntó Teddy.

—Podría no llegar á sus manos. Os daré una carta para mi tía, la Reina. Me quiere como si fuese su hija; ella dispondrá que os acompañen á la presencia del Rey.

La princesa se dirigió á un ángulo de la estancia y escribió á toda prisa unas líneas, mientras los dos enamorados hablaban en voz baja. Luego de sellar la carta, la princesa volvió hacia Hervey, con una dulce sonrisa en los labios.

—Será forzoso que os vigile; de lo contrario lady Maldon se arrepentiría de haberme confiado su hija.

Teddy lanzó una mirada llena de remordimientos. Su prometida contempló lentamente á la Princesa.

—Veremos—respondió con ambigüedad.—He aquí la carta, señor Hervey; no perdáis una hora en el viaje, os lo ruego.

—No perderé un segundo, señora—dijo Teddy.

Y á la verdad, hubiese sido harto injusto criticarle el segundo que invirtió en despedirse de Fanny, en la puertecilla del palacio.



CAPÍTULO XII

LA LUCHA POR LA CORONA

MIENTRAS volvía apresuradamente á la verja por la cual había entrado, el teniente miró la hora en su reloj. Faltaban veinticinco minutos para la media noche. La entrevista con la princesa había durado una hora exactamente.

Guardando el reloj en su bolsillo, llegó á la reja. Iba á abrirla, cuando se detuvo bruscamente, con asombro mezclado de temor. Una hora antes, Hervey había vuelto á cerrar cuidadosamente la puerta con la llave que Fanny le mandara en respuesta á un billete suyo escrito por la mañana. Y la verja, cerrada por él, estaba ahora abierta de par en par.